

Reseña

***The Mind on Paper: Reading, Consciousness and Rationality*, por David Olson (2016). Cambridge University Press, Cambridge, 280 páginas. Tapa dura GBP36.99, ISBN: 9781107162891**

Celia Zamudio Mesa
Escuela Nacional de Antropología e Historia

(Texto recibido el 30 de marzo de 2018; aceptado el 13 de abril de 2018)
DOI: <http://doi.org/10.5565/rev/jtl3.773>

A poco más de 20 años de que se publicara *The World on Paper*, David Olson vuelve a ofrecernos otro ensayo en torno al influjo de la cultura escrita en la cognición humana: *The Mind on Paper*, obra que por el título paralelo se antoja una continuación de las tesis planteadas en la anterior. Y, ciertamente, lo es. En el primer libro sostenía que los modos de leer y, por consiguiente, de presentar los textos surgidos a finales de la Edad Media y extendidos, gracias a la imprenta, a lo largo del Renacimiento, habían dado lugar a la creación no solo de la ciencia moderna en el siglo XVII, sino de un conjunto de creencias que nos posicionan ante el mundo, nosotros mismos y el propio conocimiento. En la última página de ese libro avanzaba la hipótesis de que “la mente es, en parte, un artefacto cultural, un conjunto de conceptos, formado y modelado en el contacto con los productos de las actividades letradas” (p. 310). En esta segunda obra se da a la tarea de mostrar en qué consiste el efecto psicológico de la representación alfabética, cómo se forma la autoconciencia del lenguaje y de qué modo se desarrolla la racionalidad basada en la lógica.

La hipótesis que sustenta y articula todos los capítulos del libro es que “la lectura y la escritura proveen tanto la estructura, como la ocasión para hablar sobre el lenguaje, que para hablar sobre el lenguaje se requiere de un metalenguaje, y que tal metalenguaje es la clave para el desarrollo de un modo particular de racionalidad” (p. 15). Este se funda tanto en los conceptos lingüísticos representados por la escritura alfabética (fonemas, palabras y oraciones) como en un tipo particular de texto generado en la cultura escrita occidental: la prosa. El conjunto de todas estas representaciones, afirma Olson, crea un tipo especial de conciencia del lenguaje y un modo

de razonamiento formal ajenos a lo que se posee antes de aprender a leer y participar en la cultura escrita.

El autor parte de una concepción amplia del binomio lectura-escritura, que va más allá de la codificación y decodificación de los signos escritos, y que refiere a la capacidad para interpretar y producir los textos que caracterizan “las instituciones de la sociedad burocrática moderna” (p. 10). Así, el aprendizaje de la lectura y escritura requiere de la participación en una serie de actividades reguladas socialmente, de la adquisición de un conjunto de nociones creadas específicamente para hablar del lenguaje y de la posibilidad de justificar las interpretaciones, es decir, de dar razones sobre razones.

Tres son las teorías que le sirven de base para elaborar las nociones mediante las que desarrollará su argumentación: el Pragmatismo, la teoría del lenguaje de Vygostky, y la propuesta de las Ciencias Cognitivas en torno de dos tipos de procesos del pensamiento, uno inconsciente y automatizado, y otro racional y consciente. A cada una le dedica un capítulo. Olson considerará, además, la distinción de Frege entre sentido y referencia para separar dos maneras de pensar el significado: lo designado por la expresión (el significado ligado al valor de verdad) y las maneras de nombrar lo designado (el significado del hablante); tal distinción, argumentará, es tardía en los individuos y está relacionada con la inmersión en la cultura escrita.

Del Pragmatismo, particularmente de Dewey, rescata la relevancia de la acción, la experimentación y el descubrimiento en el desarrollo del conocimiento; el lugar destacado que otorga a los instrumentos, como el lenguaje o las matemáticas, en ese proceso, y, desde luego, la intencionalidad, la agentividad y la responsabilidad del propio individuo en su aprendizaje. En tanto que, de los pragmatistas contemporáneos, recupera el valor que conceden al juicio crítico, esto es, la evaluación en el aprendizaje de las propias acciones como correctas o incorrectas, convenientes o inconvenientes, éxitos o fracasos (p. 46). El juicio, considera el autor, convierte la acción en pensamiento cuando lo aprendido, los hábitos y disposiciones se expresan en términos de un lenguaje público (p. 46). Otro aspecto del juicio crítico que le concierne es que a través de este se introduce la normativa social en la valoración de la acción y el uso del lenguaje.

La idea pragmatista de que todo concepto implica el acuerdo social prioriza el lenguaje público sobre el lenguaje privado. De hecho, este último es resultado de la interiorización del primero: el pensamiento no es otra cosa que lenguaje privado o interior. Lo que más interesa a Olson del planteamiento pragmatista es que el lenguaje interior tiene la función de crear en la

mente “el espacio de las razones”, al que define como “un discurso verbal dentro de la mente que identifica el pensamiento con ofrecer razones” (p. 49). Aunque el Pragmatismo no distingue en sus explicaciones el lenguaje oral del escrito, el autor apuntará que “su énfasis en la importancia central de los conceptos lingüísticos proporciona una base adecuada para afirmar ulteriormente... que la escritura es el discurso o el medio exclusivo para crear los conceptos acerca del lenguaje y traerlo a la conciencia” (p. 51).

Para el autor, la concepción del lenguaje de los pragmatistas es compatible con la de Vygotsky en más de un sentido. Primero, en que las palabras no son signos de las ideas o las cosas, sino que constituyen acuerdos sociales: el lenguaje es una práctica social que, al igual que toda actividad social, se interioriza y convierte en instrumento o medio del pensamiento. Segundo, en que las palabras solamente pueden entenderse en el contexto de las oraciones y estas, a su vez, en el de la situación. Sin embargo, señala, Vygotsky también hace hincapié en que las palabras se pueden descontextualizar y convertirse en objetos de conocimiento, contribuyendo así al desarrollo de formas distintivas de racionalidad (p. 53).

Olson concuerda con Vygotsky en que tal proceso de descontextualización y toma de conciencia del lenguaje se logra por medio de la escritura y de la escolarización. La escritura es más que un recurso práctico, puesto que posibilita “la conciencia, la abstracción y el control de lenguaje y el pensamiento” (Vygotsky, citado p. 57). Por su parte, la escuela es la encargada de hacer del lenguaje “no solamente el medio de comunicación, sino una forma de conocimiento” (Vygotsky, citado p. 57). El estudio del lenguaje en la escuela propicia el uso de nuevos conceptos, “los conceptos científicos”, a través de los cuales las formas del lenguaje dejan de usarse de manera automatizada y el sujeto cobra conciencia de ellas. La idea vygostskiana de los conceptos científicos será integrada por el autor en la noción de metalenguaje.

Una vez planteado que adquirir un lenguaje (público o social) es también adquirir un lenguaje para el pensamiento, y que la toma de conciencia del lenguaje, es decir, el proceso mediante el cual su forma se convierte en objeto de conocimiento, implica la mediación de la escritura, el problema siguiente que aborda el autor es explicar cómo se alcanza tal conciencia. La clave que propone está en el concepto de metarepresentación, una noción a la que no se le ha prestado suficiente atención en la Ciencias Cognitivas, comenta. Se trata de representaciones sobre representaciones, objetos mentales que posibilitan la reflexión sobre otros objetos de la mente, el examen de las creencias y la evaluación del pensamiento, y que, cuando son usadas en

este sentido, se convierten en juicios sobre juicios; en palabras de Olson, “razones sobre razones”. Su característica principal, apunta, es que pueden tratar sobre cualquier tipo de representación y, puesto que esencialmente constituyen un decir acerca de algo, su naturaleza es lingüística (p. 66); de lo que se sigue que las metarepresentaciones que tratan sobre el lenguaje serán necesariamente metalingüísticas.

Los conceptos metalingüísticos son especialmente relevantes porque, al referir a propiedades del lenguaje, las convierten en objetos del pensamiento (p. 82). De acuerdo con Olson, una parte considerable de estos conceptos deriva de la práctica de la lectura, escritura e interpretación de textos desarrollada en la cultura escrita (p. 80), por lo que se trata de nociones sometidas al acuerdo social. En efecto, una característica de los procesos metarepresentacionales es que están “no solo en la mente de los pensadores educados sino en las estructuras institucionales como la ciencia, el gobierno, la escuela y la academia en general, las cuales tienen la responsabilidad de mantener los estándares de racionalidad” (p. 70). De ahí que complete su exposición diciendo que “el bien pensar no implica solamente poseer buenos hábitos mentales, sino conocer cómo las instituciones, como la ciencia o las leyes elaboran sus juicios” (p. 70).

El autor destina la siguiente parte de su libro a explicar cómo se desarrollan los conceptos metalingüísticos que viabilizan el desarrollo de la conciencia del lenguaje y la racionalidad. Aborda en capítulos separados las relaciones entre las letras del alfabeto, los fonemas y análisis del sonido; entre la noción de palabra, el significado y el sentido; entre el concepto de oración, el de gramaticalidad y el significado lógico; por último, examina el efecto que la escritura en prosa ha tenido y tiene en el desarrollo de la racionalidad. La hipótesis común a todos ellos es que no hay nada dado en el lenguaje y cita a los pragmatistas: un estímulo cobra relevancia, esto es, “se convierte en un objeto de pensamiento solamente cuando es puesto en relación con un significado” (p. 87).

Olson buscará demostrar que “mientras el significado, incluida en él la referencia, es asequible a la mente, los patrones sonoros, la fonología, permanecen implícitos y solamente serán descubiertos por medio de procedimientos especiales, entre ellos la alfabetización” (p. 87); esto mismo aplicará a las palabras, las oraciones e, incluso, la prosa. Siguiendo al autor, las letras y palabras son metarepresentaciones porque simbolizan conceptos lingüísticos. Las letras son “dispositivos para categorizar y pensar sobre las clases de sonido”, los fonemas; de modo que es el conocimiento metalingüístico que proporcionan las letras lo que lleva a aislarlos e

identificarlos (p. 91). En cuanto a las palabras gráficas, propone que reconocerlas y hablar sobre ellas pone de relieve su sentido (según la definición de Frege) y, en consecuencia, el significado que deriva de sus relaciones semánticas (p. 110). Mediante la alfabetización y la escolarización, señala, “el discurso empieza a dirigirse de los objetos hacia el significado de las palabras, su definición, sus lazos con el de otras palabras y sus implicaciones lógicas, como las relaciones de sinonimia, antonimia, hiperonimia, etcétera (p. 112). Otro aspecto que la conciencia de las palabras involucra es la capacidad para distinguir entre la repetición *verbatim* y la paráfrasis, entre lo dicho y lo que se quiso decir (p. 112).

En la discusión sobre las oraciones, Olson destaca que son objetos metalingüísticos que adquieren realidad en la escritura y, aunque fundamentales para el análisis lingüístico, no son constituyentes del habla. Como sucede con las palabras, los hablantes comparten el significado intencional de las oraciones, pero no el conocimiento de la forma: “la gramática que genera la oración permanece implícita” (p. 115). Analizar la gramática de la oración independientemente de su significado requiere de procedimientos lingüísticos. El principal es la descontextualización, que consiste en apartar las expresiones de los contextos en que ocurren para representar su estructura (p. 118). La oración se convierte, entonces, en un objeto del pensamiento susceptible de examinarse y exhibir sus propiedades gramaticales y semánticas. Olson nos recuerda cómo la descontextualización de las oraciones permitió a Aristóteles abstraer su estructura lógica (p. 127). Y es que una vez aisladas las propiedades gramaticales y lógicas de las oraciones, pueden formularse las normas para realizar los juicios de corrección y el cálculo de inferencias lógicas, opuestas muchas veces a las inferencias pragmáticas, derivadas del contexto enunciativo (p. 136).

El lugar que el autor asigna a la prosa en la evolución del lenguaje para hablar sobre el lenguaje y el pensamiento es, sin duda, otra hipótesis transcendente. La prosa, argumenta, es una forma no natural del discurso, cuyo dominio requiere un esfuerzo deliberado (p. 142); su característica principal es que el significado depende de las palabras y oraciones que la componen (p. 144), a diferencia del discurso oral, en el que significado es mayormente contextual. La posibilidad de extender espacialmente la prosa facilita que una línea argumentativa se desarrolle y pueda examinarse para validarse (p. 145). Por otra parte, el que pueda preservarse en el tiempo pone el discurso a disponibilidad de sucesivas lecturas y lectores. La prosa, concluye, “invita a la crítica pero también a la invención del lenguaje de la crítica” (p. 145).

Ahora bien, gran parte de lo expuesto en torno de la relación escritura y desarrollo metalingüístico ahonda en ideas que han sido tratadas por el autor en obras anteriores. Cabe reconocer, también, que varios de esos temas han sido ampliamente investigados por la teoría psicogenética de la escritura (Ferreiro y Teberosky, 1979), desde hace varias décadas; específicamente, la relación entre la conceptualización alfabética y el conocimiento de los segmentos consonantes y vocales (Vernon, 1997; Alvarado, 1998; Zamudio, 2008); el desarrollo de la noción de palabra (Ferreiro y Pontecorvo, 1996) y aún el de oración (Zamudio, 2004). De otra parte, en convergencia con la psicogénesis de la lengua escrita, los trabajos de los lingüistas Blanche-Benveniste (1998), y Miller y Weinert (1998), así como el conjunto de investigaciones reunidas en Ferreiro (2002) han contribuido a demostrar de manera decisiva tanto las diferencias entre escritura y oralidad, como la influencia de la primera sobre la segunda.

Afin a la teoría psicogenética resulta igualmente la hipótesis de Olson sobre la ontogenia del lenguaje escrito: “si la invención de la escritura fue en gran medida un proceso de traer a la conciencia propiedades del lenguaje cada vez más abstractas, es razonable esperar que algunos aspectos de ese proceso de descubrimiento se presenten durante el aprendizaje de la lectura y escritura en los niños” (p. 31). La investigación psicogenética ha mostrado cómo las dificultades que manifiestan los aprendices del sistema de escritura son de naturaleza conceptual y resultan semejantes en muchos aspectos a las involucradas en la construcción histórica de las escrituras (Ferreiro, 1997). Los niños, afirma Ferreiro (1997, p. 15), “reinventan” el sistema, en el sentido de que para usar los signos de escritura “deben comprender su proceso de construcción y reglas de producción”.

El libro de Olson cierra con dos capítulos donde aborda dos temas de suma relevancia: la pedagogía de la lectura, por un lado, y la evaluación, la psicología y pedagogía de la racionalidad, por el otro. Considero que es aquí donde se despliega su aportación más relevante, pues cuestiona el lugar que se la ha otorgado a las metarepresentaciones en la pedagogía y psicología de la lectura y la racionalidad.

Al hablar de la lectura, Olson aborda la polémica entre aprender a leer vía la comprensión de los textos y hacerlo mediante el entrenamiento de las “habilidades básicas”, referentes a la conciencia fonológica. Explica que quienes sostienen lo primero pasan por alto que “leer implica también entender que el sistema de escritura es un sistema de signos ordenadamente relacionado con la estructura del habla” (p. 187), mientras que los que apoyan lo segundo no se percatan de

que lo que pretenden enseñar es un metalenguaje y no el lenguaje de los textos: “Las metarepresentaciones son conocimiento sobre la lengua escrita, pero no son los procesos empleados efectivamente en la lectura. Los conceptos metarepresentacionales proporcionan un marco normativo para evaluar las expresiones y acciones, y son insuficientes para generar la conducta, incluida la lectura” (p. 179). De ahí que sea importante no confundir los procesos involucrados en asignar el significado a un texto, la lectura real, con la metarepresentación de los componentes del texto. Las habilidades básicas son actividades descontextualizadas, que tratan con partes del texto de igual manera descontextualizadas, y que solo se relacionan de manera indirecta con la lectura en la medida que dirigen la atención hacia la forma del lenguaje, más a que al propio acto de leer (p. 188).

El autor desarrolla asimismo duras críticas en torno a la “racionalidad de las pruebas para evaluar la racionalidad”. Dichas pruebas, afirma, son un artefacto de la cultura que evalúa metarepresentaciones, pues las preguntas que las integran están descontextualizadas y, por lo tanto, exigen respuestas basadas exclusivamente en la forma de los enunciados. Advierte que las interpretaciones derivadas de ellas son erróneas y manifiesta que “existe una profunda ironía en la investigación sobre las propiedades de la razón humana, porque la invención de las preguntas para las pruebas ha llevado a descubrir competencias especializadas y asociadas al desarrollo de una tecnología relativamente reciente, la palabra escrita. Más aun, las competencias pragmáticas relevantes al lenguaje ordinario, como las máximas de Grice, pueden conducir a error, pues son interpretadas como signos de irracionalidad...” (p. 160).

Por último, argumenta que la racionalidad, la posibilidad de dar razones sobre razones, es un logro cognitivo histórico, al igual que el conocimiento de los conceptos metalingüísticos, la aptitud para definir los significados atendiendo exclusivamente a sus relaciones semánticas y el desarrollo de las formas del razonamiento lógico. Olson considera que el conjunto de estas capacidades son producto del efecto “laboratorio” y, mientras reconoce su importancia en los logros civilizatorios, señala su inadecuación para dar cuenta del lenguaje ordinario, y el pensamiento y la acción contextualizadas (p. 199).

The Mind on Paper es un libro que estimula la reflexión y contribuye a explicar el desarrollo de la conciencia del lenguaje y sus efectos sobre la mente humana. Del mismo modo que en *The World on Paper*, David Olson logra compendiar e integrar de manera consistente referencias procedentes de la psicología, la lingüística, la filosofía del lenguaje y la mente, la

crítica literaria y la historia de la literatura, para crear una argumentación fundada y convincente. La lectura de esta nueva obra probablemente resulte fructífera para quienes están involucrados en la investigación lingüística y psicolingüística, la psicología de la cognición y la didáctica de la lengua, pues la síntesis y claridad expositiva de cada capítulo consiguen acercarnos a nociones de campos del conocimiento muy variados.

Referencias

- Alvarado, M. (1998). Conciencia fonológica y escritura en niños preescolares: la posibilidad de omitir el primer segmento. *Lectura y Vida. Revista Latinoamericana de Lectura*, 19(3), 42-50.
- Blanche-Benveniste, C. (1998). *Estudios lingüísticos sobre la relación entre oralidad y escritura*. Barcelona: Gedisa.
- Ferreiro, E. (1997). *Alfabetización. Teoría y práctica*. México: Siglo XXI.
- Ferreiro, E. (2002) (comp.). *Relaciones de (in)dependencia entre oralidad y escritura*. Barcelona: Gedisa.
- Ferreiro, E., y Teberosky, A. (1979). *Los sistemas de escritura en el desarrollo del niño*. México: Siglo XXI.
- Ferreiro, E., y Pontecorvo, C. (1996). Los límites entre las palabras. En E. Ferreiro, C. Pontecorvo, N. Ribeiro Moreira y I. García Hidalgo (eds.), *Caperucita Roja aprende a escribir. Estudios psicolingüísticos comparativos en tres lenguas* (pp. 45-73). Barcelona: Gedisa.
- Miller, J., y Weinert, R. (1998). *Spontaneous spoken language: Syntax and discourse*. Oxford: Oxford University Press.
- Vernon, S. (1997). *La relación entre la conciencia fonológica y los niveles de conceptualización de la escritura* (tesis de doctorado). México: DIE/CINVESTAV.
- Zamudio, C. (2008). Influencia de la escritura alfabética en la segmentación de vocales y consonantes. *Lectura y Vida. Revista Latinoamericana de Lectura*, 29(1), 10-21.
- Zamudio, C. (2004). *El papel de la escritura alfabética en la construcción el dato oral* (tesis de doctorado). El Colegio de México.

Información sobre la autora:

Dra. Celia Zamudio Mesa es Psicóloga Educativa y Doctora en Lingüística Hispánica por El Colegio de México. Profesora e investigadora de tiempo completo de la Escuela Nacional de Antropología e Historia desde el año 1997. Coautora con Celia Díaz Agüero (IIF-UNAM) y Carlos Méndez Cruz (UNAM) del Corpus Electrónico para el Estudio de la Lengua Escrita (CEELE) y, actualmente, el corpus SELENE (Sintaxis en el Estudio de la Lengua Escrita). Sus temas de investigación: adquisición del lenguaje escrito, procesos de construcción de las ortografías y los textos, estudio de los documentos históricos que involucran el desarrollo de conocimiento metalingüístico.

Email: celyaz@prodigy.net.mx

Para citar este artículo:

Zamudio Mesa, C. (2018). The Mind on Paper: Reading, Consciousness and Rationality, por David Olson. *Bellaterra Journal of Teaching & Learning Language & Literature*, 11(2), 91-99. DOI: <http://doi.org/10.5565/rev/jtl3.773>

